

EL SANTO DEBE CAMINAR SOLO **por A. W. Tozer**

(Traducido por Jorge A. Bozzano)

La mayoría de las más grandes almas del mundo has sido solitarias. La soledad parece ser el precio que el santo debe pagar por su santidad.

En el amanecer del mundo (o deberíamos decir, en la extraña oscuridad que vino inmediatamente después del amanecer del hombre), esa alma pía, Enoc, caminó con Dios y luego fue quitado, porque Dios se lo llevó, y si bien esto no está dicho en muchas palabras, una referencia bastante justa es que Enoc anduvo bastante apartado de sus contemporáneos.

Otro hombre solitario fue Noé, quien, de todos los antediluvianos, halló gracia a los ojos de Dios; y cada pedazo de evidencia apunta a la soledad de su vida, aun cuando estaba rodeado de su gente.

Nuevamente, Abraham tenía a Sara y a Lot, así como muchos siervos y pastores, pero quien pueda leer su historia y el comentario apostólico sobre él, sentirá instantáneamente que era un hombre “cuya alma era como la de una estrella y moraba aparte”. Tanto como sabemos, ninguna palabra Dios le habló a él estando en compañía de otras personas. Con el rostro inclinado él tenía comunión con su Dios, y la dignidad innata del hombre no le permitía que él asuma esta postura en la presencia de otros. Cuán dulce y solemne fue la escena esa noche del sacrificio cuando él vio una antorcha que pasaba entre los animales divididos del sacrificio. Allí, solo con el horror de una gran oscuridad, oyó la voz de Dios y supo que él era un hombre marcado con el favor divino.

Moisés también fue un hombre apartado. Mientras aún estaba en la corte de faraón, tomaba largas caminatas solo, y durante una de estas caminatas fue cuando vio a un egipcio y a un hebreo peleando y fue a rescatar a su compatriota hebreo. Después de haber sido sacado de Egipto, vivió prácticamente en completa reclusión en el desierto. Allí, mientras custodiaba sus ovejas solo, la maravilla de la zarza ardiente le apareció, y luego en lo alto del Monte Sináí él estuvo solo en una fascinante reverencia ante la Presencia, parte escondida, parte revelada, dentro de la nube y el fuego.

Los profetas de los tiempos antes de Cristo diferían ampliamente unos de otros, pero tenían una marca en común cual era su forzada soledad. Amaban a su pueblo y se gloriaban en la religión de sus padres, pero su lealtad al Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, y el celo por el bienestar de la nación de Israel, los llevaba lejos de la multitud y los metía en grandes periodos muy pesados. “Extraño he sido para mis hermanos, y desconocido para los hijos de mi madre” (Sal. 69:8), decía uno y sin darse cuenta hablaba por todo el resto.

Lo más revelador de todo es la vista de Aquel de quien Moisés y todos los profetas escribieron, escalando su solitario camino a la cruz. Su profunda soledad se manifiesta a pesar de la presencia de las multitudes.

Murió solo en la oscuridad, oculto de la vista del hombre mortal y nadie le vio cuando se levantó triunfante y caminó fuera de la tumba, si bien muchos lo vieron luego y fueron testigos de lo que vieron. Hay algunas cosas demasiadas sacras en las que solo pueden mirar

los ojos de Dios. La curiosidad, el clamor, las buenas intenciones pero de chapuceros esfuerzos para ayudar, solo pueden dificultar al alma que está en espera y hace difícil, si no imposible, la comunicación del mensaje secreto de Dios al alma adoradora.

Algunas veces reaccionamos por medio de un reflejo religioso y repetimos concienzudamente las propias palabras y frases aun cuando ellas no expresan nuestros sentimientos reales y carecen de la autenticidad de la experiencia personal. Ahora es ese tiempo. Una cierta lealtad convencional puede guiar a alguien que oiga esta verdad no tan familiar y expresada por la primera vez a decir brillantemente: “Oh, yo nunca estoy solo. Cristo dijo “Yo no los dejaré ni los abandonaré” y también dijo “He aquí yo estaré siempre con vosotros”. ¿Cómo puedo estar solo si Jesús está conmigo?”

Ahora, no quiero replicar sobre la sinceridad de cada alma cristiana, pero este testimonio de estantería es demasiado lindo para ser real. Es obvio de que lo que piensa el que dice esto debería ser verdad antes que él haya probado de ser verdad por el test de la experiencia. Esta cariñosa negación de no estar solo prueba que el que dice esto nunca ha caminado con Dios sin el apoyo y aliento que le da la sociedad. El sentido de compañía a lo que él erróneamente atribuye a la presencia de Cristo puede y probablemente viene, de la presencia de gente amistosa. Siempre recuerde: usted no puede llevar la cruz en compañía. Si bien el hombre está rodeado de una vasta multitud, su cruz es solo suya y el llevarla lo marca como un hombre apartado. La sociedad se vuelve contra él; de otra manera él no tendría cruz. “Todos lo abandonaron, y huyeron”.

El dolor de la soledad viene de la constitución de nuestra naturaleza. Dios nos hizo para estar entre nosotros. El deseo de compañía humana es completamente natural y correcto. La soledad del cristiano resulta de su caminar con Dios en un mundo impío. Un caminar que muy a menudo lo aparta de la comunión de buenos cristianos así como de los que son parte de un mundo no regenerado. Sus instintos dados por Dios claman por compañía con otros de su misma clase, otros quienes puedan entender sus deseos, sus aspiraciones, sus absorciones en el amor de Cristo; y porque debido a que dentro de su círculo de amigos hay muy pocos que comparten sus experiencias internas, se ve forzado a caminar solo. Los deseos insatisfechos de los profetas por comprensión humana les causaba el clamar en sus quejas, y aún nuestro Señor sufrió de la misma manera.

El hombre que ha pasado a estar dentro de una Presencia divina no encontrará muchos que le comprendan. Desde luego que tendrá una cierta cantidad de compañerismo social mientras se mezcla con personas religiosas en las actividades regulares de la iglesia, pero verdadera comunión espiritual será difícil de encontrar. Pero él no debería esperar que las cosas sean de otra manera. Después de todo, él es un extranjero y un peregrino, y el viaje que está tomando no es de sus pies, sino de su corazón. El camina con Dios en el jardín de su alma, ¿y quien sino Dios puede caminar allí con él? El es de otro espíritu que el de las multitudes que andan por las cortes de la casa del Señor. El ha visto las cosas que los demás solo han oído de ellas, y camina entre ellos de alguna manera como Zacarías caminaba después de su retorno del altar cuando la gente dijo “Ha visto una visión”.

El verdadero hombre espiritual es efectivamente una excentricidad. No vive para sí mismo sino para promover el interés de Otro. Busca persuadir a la gente de dar todo a su Señor y no busca una porción para sí mismo. No se deleita en ser honrado sino el ver a su Salvador glorificado a los ojos de los hombres. Su gozo es ver promovido a su Señor y él mismo ser rechazado. El encuentra pocos con quien compartir sobre aquello que es el objetivo supremo

de su interés, así que a menudo está en silencio y preocupado en medio de toda la ruidosa conversación religiosa. Por esto él se gana la reputación de ser aburrido y demasiado serio, así que es evitado y el espacio entre él y la sociedad se agranda. Busca amigos en los cuales él pueda detectar en sus ropas el olor a mirra y áloe y casia de los palacios de mármol, y encontrando pocos o ninguno, al igual que María, guarda estas cosas en su corazón.

Es esta misma soledad la que lo lleva de nuevo a Dios, “Aunque mi padre y mi madre me olvidaran, con todo tú me recogerás”. Su habilidad para encontrar compañía humana lo lleva a buscar a Dios donde él no puede encontrar a nadie más. Aprende solícitamente en lo interior lo que no pudo haber aprendido en la multitud, que Cristo es todo en todos, que El fue hecho por nosotros sabiduría, justificación, santificación y redención; que en El tenemos y poseemos el mejor de los bienes.

Dos cosas faltan ser dichas. Una, que el hombre solitario de quien hablamos no es un arrogante, ni tampoco más santo que usted, o el tipo de santo austero satirizado en la literatura popular. Es más bien del tipo del último de todos los hombres y es seguro culparlo a él mismo por su propia soledad. Quiere compartir sus sentimientos con otros y abrir su corazón a alguna mente que piense igual y que lo entienda, pero el clima espiritual alrededor suyo no lo alienta a esto, así que permanece en silencio y cuenta sus aflicciones solo a Dios.

Lo segundo es que el santo solitario no es el hombre apartado que se endurece ante el sufrimiento humano y pasa los días mirando a los cielos. La verdad es todo lo opuesto. Su soledad lo hace compasivo de los afligidos y de los caídos y los dañados por el pecado. Debido a que él es apartado del mundo, está más que todo capacitado para ayudarlo. Meister Eckhart enseñaba a sus seguidores que si ellos se encontraban en oración y de repente se recordaban que una pobre viuda necesitaba comida, deberían interrumpir la oración inmediatamente y que vayan a ayudar a la viuda. “Dios no va a permitir que ustedes pierdan nada por eso”, les decía. “Ustedes pueden retomar la oración donde la había dejado y el Señor los va a recompensar”. Esto es típico de los grandes místicos y maestros de la vida interior desde Pablo hasta el presente día.

La debilidad de tantos cristianos modernos es que ellos se sienten demasiado bien en el mundo. En un esfuerzo para obtener “ajustes” pacíficos en una sociedad no regenerada, han perdido su carácter de peregrinos y se volvieron parte esencial del mismo orden moral contra el cual fueron enviados a protestar. El mundo los reconoce y los acepta por lo que son. Y esta es la cosa más triste que puede decirse de ellos. Ellos no están solos, pero tampoco lo están los santos.

* * * * *